

Memoria e historia

Pierre Vidal-Naquet*

Cada uno posee una memoria, y es precisamente por la memoria que uno es un individuo. A los veinte años, a los sesenta, a los ochenta, uno se identifica consigo mismo al tomar como referencia su pasado, un pasado del cual es el único poseedor por más que exista también en la memoria de otros. ¿Cómo se pasa de esta intensa subjetividad a la historia? Existe una historia que se construye contra la memoria. Quien haya emprendido la redacción de sus recuerdos sabe que corre el riesgo constante de caer en el error, que los meses y los años se confunden. Dado que se puede verificar, el documento escrito y fechado siempre se impone al recuerdo subjetivo. Ejemplo magnífico de ello son los trabajos recientes de Daniel Cordier sobre Jean Moulin¹. Contra la afirmación de Henri Frenay, de que Jean Moulin es un servidor solapado del comunismo, en un principio Cordier sólo atinó a responder: "*¡Es totalmente falso!*" A continuación puso manos a la obra para compulsar los documentos que recordaban unos y otros. El resultado fue devastador. El telegrama que el combatiente de la resistencia y ex ministro Christian Pineau decía con evidente sinceridad que no había podido enviarle por la sencilla razón de que en esa fecha no disponía de un radiotransmisor, existía y estaba a salvo en los archivos. Daniel Cordier reinventó las reglas establecidas ya en 1898 por Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos en su *Introduction aux études historiques*; trabajo que algunos a partir de Péguy han intentado descalificar como un breviario del positivismo, pero que en cuanto respecta a la verificación de los hechos, no ha envejecido en absoluto.

¿Eso es todo? ¿La memoria se limita a cortar el paso a la historia? Así como el viajero tiene una visión muy distinta de un monumento cuando apoya la nariz contra él que cuando toma distancia, la memoria enriquece la perspectiva histórica al permitir la comparación, al abrir ventanas en distintas direcciones. Así razonaba Marcel Proust a propósito de los "campanarios de Martinville". Uno es como el protagonista de Proust

* En: Vidal-Naquet, Pierre: *Los judíos, la memoria y el presente*, Introducción, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 1996, pp.15-22.

* Aparecido en *La Recherche*, julio-agosto, 1994.

¹ Cordier, D., *L'inconnu du Panthéon*, 3 vols., París, J.C. Lattés, 1989-1993.

en un pasaje célebre del *Tiempo recuperado*. Toma a los jóvenes por contemporáneos de su juventud y a los viejos por sus padres y abuelos. Pero al mismo tiempo, cuando se pone a escribir, construye una obra de arte que se apoya en el pasado sin reproducirlo paso a paso. Así hizo Claude Lanzman en *Shoah*. En su emprendimiento colosal, rechazó todos los recursos del documental. Llevó a un cierto número de hombres y mujeres a los lugares donde habían sufrido y visto morir a sus semejantes. Sólo les pidió que recordaran, acomodó sus recuerdos y los de sus verdugos al compás de la imagen y el ruido de los trenes que antaño conducían a hombres, mujeres y niños a la muerte.

La memoria no se confunde con la realidad. Es conocido el cuento de J.L. Borges llamado *Del rigor de la ciencia*². Un emperador pide a un grupo de geógrafos que tracen un mapa de su imperio. Llevados por el afán de exactitud, los geógrafos terminan por hacer un calco del imperio, precisamente lo contrario de un mapa. Toda memoria es selectiva por definición. Al elegir, elimina todo lo llano, lo que aparentemente carece de interés, pero que quizá, dentro de diez, veinte o cincuenta años, aparecerá en relieve.

Todo esto es propio de la memoria individual. Ahora bien, ¿existe una memoria colectiva? La respuesta no es evidente. Bajo ese nombre se suele agrupar datos muy diversos: restos de lecciones recibidas en la escuela y a través de los medios de comunicación, ideologías diversas y conflictivas, etcétera. ¿Qué es un "lugar de la memoria", para usar un término que se volvió clásico a partir de la serie dirigida y publicada por Pierre Nora? En el sentido estricto de la palabra, es un espacio que simboliza un tiempo, una transposición espacial cuya función es evocar precisamente algo que sucedió en el tiempo. Así, el león de Waterloo pretende resumir lo que fue la hazaña del ejército británico el 18 de junio de 1815. No obstante, existen lugares de la memoria más sutiles que tratan de incorporar el tiempo en el espacio. En mi opinión, el ejemplo más típico es el Calvario (*Via dolorosa*) en Jerusalén, que supuestamente reproduce el camino que recorrió Jesús antes de la crucifixión. En 1811, Chateaubriand dijo que tardó dos horas en recorrerlo. Para él, era un medio para medir en el tiempo el espacio recorrido por Cristo.

Desde luego, la sociedad se preocupa por organizar la memoria de cada uno. En el nivel más modesto están los nombres de las calles, a veces acompañados por

² Borges, J. L., *L'auteur et autres textes*, París, Gallimard, 1982. Edición en castellano: *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, p. 847.

una placa conmemorativa que indica las fechas de nacimiento y de muerte. Existen monumentos que organizan la memoria nacional. No es lo mismo estar enterrado anónimamente en una fosa común que tener el nombre grabado en una lápida y estar inhumado en el Panteón. También en este caso la memoria es elección. Por ejemplo, se ha observado que en la antigua iglesia de Santa Genoveva, convertida en Panteón en 1791 por decisión de la Asamblea Constituyente, está enterrada una sola mujer, Sophie Berthelot, porque su esposo y ella habían exigido que no se los separara en la muerte. Hace algunos años se organizó una campaña para hacerle un lugar ahí a Berthie Albrecht, heroína de la resistencia, asesinada en una prisión nazi. La campaña no tuvo éxito. El presidente de la República acaba de proponer que se entierren ahí los restos mortales de Marie Curie, galardonada con dos premios Nobel. En la actualidad, esta decisión parece perfectamente natural. Era inconcebible hace algunos años, cuando la sociedad de los héroes estaba integrada exclusivamente por hombres. Continuemos. Los museos también son lugares de nuestra memoria, pero no están integrados en Francia de la misma manera que, por ejemplo, en Estados Unidos. Un museo norteamericano rinde homenaje en casi todas sus salas a tal o cual mecenas o donante. Lo mismo sucede con los edificios de las universidades, fenómeno ilustrado por el novelista Aldous Huxley en *La derrota de la juventud*. En Francia, el museo generalmente es un lugar abstracto, encarnación de la presencia del Estado o, si se quiere, de la República, no de los individuos que lo han dotado y enriquecido. Los monumentos de la Antigüedad también pretendían estar cargados de memoria, pero podían ser encomendados tanto por la ciudad misma como por tal o cual *evergetes* o benefactor que en memoria de sí mismo podía ofrecer, por ejemplo, un teatro o una fuente a su ciudad natal o a otra que hubiese tomado bajo su protección. La memoria norteamericana es más afín al *evergetismo* antiguo que a nuestra república laica. Estos museos también representan una elección. Si el arte impresionista posee su propio museo en la antigua estación ferroviaria de Orsay en París, es porque durante mucho tiempo el Louvre consideró desdeñable ese arte que escandalizó a la segunda mitad del siglo XIX. Si Picasso posee su propio museo, producto esencialmente de una donación de sus herederos, ello se debe a que los guardianes del arte oficial lo consideraron durante mucho tiempo un extraño a nuestra cultura. Basta pasear del Louvre al centro Georges Pompidou para ver una síntesis del movimiento cultural de los últimos siglos.

Pero, ¿cualquier cosa es objeto de museo? Estos lugares de la memoria también son selectivos. En los montes Cevennes hay un "Museo del Desierto" que evoca la lucha de los *Camisards* y su represión por el gobierno de Luis XIV. En el

corazón de París hay un Centro de Documentación Judía Contemporánea, lugar de estudio y reflexión sobre la persecución nazi. Su función no es similar a la del Memorial de Yad Vashem (El Monumento y el Nombre) en Jerusalén, lo cual no tiene nada de sorprendente. Cada día se advierte más claramente que el genocidio hitleriano forma parte de nuestra memoria nacional; no ocupa ni tiene por qué ocupar el centro de esta memoria. Se hacen exhibiciones sobre el régimen de Vichy; ¿hay que dedicarle un museo a Vichy? Hoy esa propuesta parecería sacrílega. La prisión Barberousse de Argel, donde fueron encarcelados y a veces ejecutados los militantes nacionalistas y comunistas durante la guerra de Argelia, hoy es un museo. ¿Se puede concebir en Francia un museo de la guerra de Argelia? Tal vez no ha pasado el tiempo suficiente para ello. Pasaron varios años antes de que pudieran coexistir más o menos pacíficamente en Francia la memoria de la Revolución y de las guerras de la Vendea. Las dos memorias mantuvieron relaciones violentamente conflictivas durante el siglo XIX e incluso parte del XX. Los enfrentamientos de 1989 en torno del bicentenario de la Revolución Francesa demostraron que el conflicto de ninguna manera había desaparecido, ni siquiera de la universidad. Pierre Chaunu, conocido por su desprecio de la Revolución, puede coexistir con un crítico a veces violento como Francois Furet o con un apologista considerado más sutil como Michel Vovelle.

La rivalidad organizada de las memorias es una característica de las sociedades pluralistas. No sucede lo mismo en las sociedades totalitarias, donde memoria e historia, ambas oficiales, deben coincidir plenamente bajo pena de ser modificadas por órdenes de arriba. 1984 de George Orwell ilustra perfectamente este estado de cosas.

Demos un ejemplo concreto, tomado de la primera sociedad pluralista de la historia, la democracia ateniense del siglo V a. de J.C. En el 490 a. de J.C., Atenas, con ayuda de un pequeño grupo de beocios de Platea, enfrentó una expedición punitiva del ejército persa en Maratón. Diez años después, el ejército de Jerjes fue derrotado en la batalla naval de Salamina por una flota en la que los atenienses de Temístocles cumplieron un papel protagónico, y nuevamente un año después, en 479, en la batalla de Platea por un ejército cuyo cuerpo más poderoso era lacedemonio. Estas victorias en las guerras que llamamos Médicas fueron conmemoradas con monumentos tanto en Delfos, lugar panhelénico a la vez que de enfrentamientos entre memorias cívicas rivales, como en la misma Atenas. Allí se exalta a quienes combatieron a pie "más allá de las puertas de la ciudad", es decir a los combatientes de Maratón, así como a los que combatieron "a pie y sobre las naves", es decir, los

hoplitas de Platea y los marineros de Salamina. Se dirá que es apenas normal. Pero los arqueólogos que estudiaron cuidadosamente este monumento calculan que la inscripción conmemorativa de la batalla de Maratón fue grabada quince años *después* de la que glorifica a los combatientes de Salamina y Platea. Si esto es verdad, cosa que algunos ponen en tela de juicio, ¿por qué sucedió? Porque se consideraba que la marina era democrática en su esencia. Al estar en condiciones de movilizar a 9.000 hoplitas reclutados entre las capas más acomodadas de la ciudad, que se sumaban a los 30.000 marinos, Atenas poseía recursos humanos mucho más abundantes y a la vez más estrechamente vinculados con la democracia. Ahora bien, alrededor del 465 el hombre más influyente de Atenas era el hijo de Milcíades, el vencedor en Maratón. Solía rivalizar, a veces con fortuna, con los demócratas Efiálfes y Pericles.

Exaltar Maratón es exaltar un orden social basado en los hoplitas. Los monumentos conmemorativos de Maratón del siglo V, sean de Delfos o Atenas, se refieren a ese orden. Pasarán muchos años antes de que se apacigüe ese conflicto de la memoria. Todavía a mediados del siglo IV, Platón expresará en *Las leyes* su amor por Maratón y Platea, así como su desprecio por Salamina.

Tomé un ejemplo interno de una sociedad determinada que en ciertos sentidos es comparable con la nuestra, pero es evidente que los conflictos de memoria en el espacio de las naciones son mucho más violentos y por lo menos igualmente significativos. En este sentido son reveladores los sucesos de la península balcánica. La prensa serbia no habla de croatas sino de Ustachis, evocando a los discípulos prohitlerianos de Ante Pavelic. Simétricamente, la prensa croata califica a los serbios de Chetniks, por el nombre de los soldados del general Mihailovic, héroe del nacionalismo serbio durante la guerra, fusilado por orden de Tito. Desde luego, esta *remake* es en gran medida imaginaria, pero el imaginario de la memoria es poderoso. Así lo ilustra también el ejemplo del Kosovo, donde los albaneses permanecen bajo la dominación serbia a título de la batalla librada por el último zar serbio independiente contra los turcos a fines del siglo XIV.

Quizás el ejemplo más extraordinario en este sentido es el del Cercano Oriente. El país que unos llaman Israel y otros Palestina -y que un acuerdo reciente tal vez partirá en dos- fue para Occidente durante mucho tiempo una tierra antaño prometida a un pueblo y que el martirio de Cristo había convertido en santa. Maurice Halbwachs en su *Topographie légendaire des Evangiles* (1941), ejemplo insigne de un estudio de memoria colectiva, demostró cómo se había organizado aquel espacio en

función de las peregrinaciones, la más antigua de las cuales se remonta al siglo IV. Este espacio no sólo conmemoraba las etapas de la vida de Cristo sino que incluso indagaba en las parábolas. Así, se podía ver el mesón de la "Parábola del buen samaritano". Lógicamente, a esto se sumaban las etapas del pueblo judío y las de los primeros hombres. Al desembarcar en Jaffa, llamada Joppé por los griegos, Chateaubriand escribe: "*Se dice que Noé abordó el arca en Joppé*". Puesto que en Joppé-Jaffa también se encontraba el peñasco al que fue encadenada Andrómeda, personaje de la mitología griega, cabe preguntarse sobre la variedad de relatos que se entrecruzaban en la cabeza de un literato como el autor del *Itinerario de París a Jerusalén*. Asombrosa mezcla de erudición real e imaginación pura y simple. La gran fuente empleada por Chateaubriand para describir Jerusalén fue *Jerusalén liberada*, la gran epopeya escrita en el siglo XVI por Tasso, que jamás había estado en Palestina. En cuanto a los habitantes mayoritarios del país, que eran árabes sometidos a la dominación turca, Chateaubriand sólo los toma en cuenta porque se ve obligado a referirse a ellos. El único monumento árabe que se cree obligado a describir es la "cúpula del peñasco" que también llamamos la Mezquita de Omar. De los escasos judíos residentes entonces en Tierra Santa, sólo ve a las mujeres, que hallan gracia a sus ojos y parecen haber escapado de la maldición divina.

Evidentemente, todo eso fue transformado por la conquista sionista y la instauración del Estado de Israel. Un estudiante israelí que estudia un mapa de 1947 de lo que hoy es su país, descubre con asombro una gran cantidad de nombres árabes correspondientes a aldeas desaparecidas. Desde luego, un estudiante palestino constatará lo contrario, y sucede que el nombre de Tel Aviv aparece en los textos árabes o filoárabes como Tell Abib. Naturalmente, esta memoria palestina sigue siendo muy poderosa y sin duda dificultará la partición. Por su parte, la memoria israelí muestra la particularidad de vincular, más allá de los siglos de la diáspora, la antigüedad hebrea exaltada por los arqueólogos con la época del genocidio hitleriano seguido por el (re)nacimiento del Estado. Este vínculo entre la ciencia y la ideología, la mezcla estrecha de hechos reales y datos imaginarios, no es en absoluto excepcional. Tomemos otro ejemplo: en el *Crítias*, Platón describe la Atlántida, un continente imaginario. El sueco Olf Rudbeck (1630-1702) quiso demostrar que ese lugar fantástico era Suecia y que la capital era su propia ciudad, Uppsala, sede de una célebre universidad. ¿Mera fantasía? No. Rudbeck era un verdadero erudito; para encontrar los rastros del continente platónico se hizo arqueólogo y fue uno de los

inventores del método estratigráfico³. Posteriormente, otros nacionalismos trataron de dotarse de una memoria "atlántica".

Avancemos un poco más: secretos, ocultos, existen los archivos. Michelet, que fue su conservador, veía menearse las figuras que creía resucitadas. Hoy ya nadie comparte esta visión romántica. Los archivos se convirtieron en un lugar de trabajo entre otros. Aquel que elabora un trabajo histórico a partir de ellos no es un mago sino un historiador, pero su obra eventualmente podrá inscribirse en nuestra memoria colectiva. Aún deberá comprender que los archivos no constituyen una fuente dotada de inmediatez. Un documento de archivo puede corresponder a un relato, pero también corresponde a la memoria: debe ser verificado, compulsado, criticado.

El poeta antiguo suplicaba a la Musa que enumerara los héroes que combatían frente a Troya. Más laico, Herodoto se limitaba a escribir "para impedir que lo que hicieron los hombres en el tiempo no se borre de la memoria y que las grandes y maravillosas hazañas realizadas tanto por los griegos como por los bárbaros pierdan renombre". Los griegos y los bárbaros... Hace algunas semanas conmemoramos el cincuentenario del desembarco del 6 de junio de 1944, que marcó el comienzo de nuestra liberación. Se discutió con aspereza si los representantes de la democracia alemana, que sin duda han renegado de la herencia hitleriana, debían participar o no de la conmemoración. La respuesta fue negativa. ¿Mezquindad de espíritu o simplemente la prueba de que esos tiempos siguen vivos entre algunos de los presentes? La respuesta la sabremos dentro de cincuenta años.

³ Schnapp, A., *La conquête du passé*, Paris, Carré, 1993.